

su presentación en el templo, en donde un venerable anciano la saludaba Salvador del mundo y luz y gloria de todas las uniones, sus triunfos en la Sinagoga, donde, niño aún, era el asombro de los sabios y el oráculo de los doctores por lo profundo de su ciencia celestial; sus viajes por los pueblos de Palestina, cuando llevaba tras sí inmensas masas que le aclamaban profeta é Hijo de Dios, en vista de sus milagros y de sus beneficios; su regia entrada en la capital de la Judea, en medio de las ovaciones de un pueblo que le bendecía como á enviado del Señor y Dios de las alturas. Concretándonos á nuestro objeto, contemplemos la tragedia más portentosa, la tragedia más admirable, la tragedia por excelencia. Son sus actores Dios y su pueblo; el escenario es el mundo, y al prodigioso espectáculo de su tremenda catástrofe asisten todas las gentes y todas las naciones. Tres años después que Juan Bautista hizo oír en el desierto este misterioso aviso: «Preparad la vía del Señor; he aquí el cordero de Dios»; después del medio día del décimo cuarto día de Nizan, víspera de la gran fiesta de la Pascua, tres horcas, seguidas de soldados y de pueblo, se dirigían á una colina próxima á Jerusalén. Dos criminales vulgares acompañan en la muerte vergonzosa de la cruz á un hombre que toda la Santa ciudad ha honrado, algunos días antes, con un pomposo y pacífico triunfo. ¿Quién es este hombre? ¡Horror! Es el doctor admirable, de quien se ha dicho: «Jamás nadie ha hablado como él; es el bienhechor que libraba á los poseídos, curaba los enfermos y resucitaba los muertos; es el dulce profeta que ha llorado las futuras desgracias de su patria. ¿Qué crimen ha cometido?—Ninguno. Absuelto por la justicia, es crucificado por la cobardía.—Pero en fin, ¿por qué ha de estar clavado como un ladrón sobre un madero de infamia?—Para dar á la verdad el supremo testimonio de su sangre. Es un mártir; es Jesús, el mártir de amor á su pueblo.—Desde los primeros días de su predicación, los fariseos, los sacerdotes y los príncipes del pueblo, celosos de su divina elocuencia y de su prodigioso poder, resolvieron perderle. Pero en vano le cercaron de agentes provocadores para sorprenderle en sus discursos; Jesús con su profética mirada penetraba sus pensamientos, y no dejaba jamás de confundirlos; en vano ensayaron contra él la fuerza brutal; Jesús, dueño de los poderes, ya se disimulaba á sus miradas, ya atravesaba tranquilo é inviolable las impotentes manos que ellos habían reunido. No fué sino cuando Jesús pronunció estas palabras: «Mi hora ha llegado; dejo el mundo y vuelvo á mi Padre», cuando pudieron ejecutar su execrable proyecto. El Evangelio nos lo muestra deliberando, armando sus lazos y terminando la traición de un apóstol. La fiesta de la Pascua ha debido

traer aún una vez á Cristo á Jerusalén; lo saben; y bien pronto sus soldados y sus criados se aprestan para ir á cogerle en el jardín solitario donde se ha retirado para orar. Judas está con ellos, y los conduce. Las tiernas advertencias de su maestro no tienen fuerza sobre este corazón endurecido: ¡entrega con un beso pérfido á Aquel de quien no ha recibido sino beneficios! La señal está dada: la cohorte se apodera de Jesús, le atan como á un criminal y le llevan al tribunal de los pontífices.

Allá, durante una larga é infame noche, el odio multiplica las iniquidades. Anás el astuto, Caifás el violento, se deducen por probar al justo crímenes que no ha cometido. Se alejan de él los testigos que podría invocar; se sobornan falsos testigos que alteran su palabra; se esfuerzan en intimidarle por la amenaza, la injuria ó la violancia: todo es inútil. El tribunal, ansioso y desesperado, no puede hallar ningún agravio que motive una sentencia. Avergonzado hasta la rabia de tal impotencia, se levanta el gran sacerdote, y despreciando la ley que prohíbe forzar al acusado á cusarse él mismo exclama: «Yo te conjuro por el Dios vivo, á que nos digas si tú eres el Cristo, hijo de Dios.» Jesús responde: «Tú lo has dicho, yo lo soy. *Ego sum!*» Jamás la justicia, ni la tierra entera habían oído una palabra semejante. Sin embargo, se la esperaba, porque apenas fué pronunciada, cuando el gran sacerdote desgarró sus vestiduras, diciendo: «Ha blasfemado; ¿qué más necesidad tenemos de testigos? Vosotros habéis oído su blasfemia; ¿qué os parece?» Y todos dicen como él: «No tenemos necesidad de más testigos, su boca testimonio contra él.»—¿Qué hay que hacer, pregunta Caifás. Todos responden: «El es digno de muerte» *Reus est mortis*. El drama aquí comienza á ser terrible: no hay pecho que no sienta una opresión dolorosa, inexplicable, increíble, ni frente que no esté bañada con sudores, ni alma que no desfallezca con angustias.

Entre tanto, el cielo se deslustra, las flores pierden su fragancia, los campos su alegría. En la populosa ciudad reina el silencio y el espanto, la desolación y la muerte. Sobre Jerusalén la inmortal, la grande, cae un velo fúnebre: por aquí van santas mujeres que se lamentan, por allí discurren en tumulto muchedumbres que se enfurecen. Todas las trompetas proféticas tienen á la vez su eco en la ciudad sorda, ciega y maldita que llevó al Calvario al justo. «Una generación no pasará sin que venga sobre vosotras, matronas de Sión, tan grandes desventuras, que seréis asombro de las gentes: ya, ya asoman por esos repechos las romanas legiones: ya cruzan los aires trayendo el rayo de la ira de Dios las águilas capitolinas: ¡Jerusalén! ¡Jerusalén! ¡Ay de tus hijos! porque tienen hambre y no encuentran pan, tienen sed y no encuen-

tran agua; quieren hacer plegarias y votos en el templo de Dios y están sin Dios y sin templo; quieren vivir, y á cada paso tropiezan con la muerte; quieren una sepultura para sus cuerpos, y sus cuerpos yacen en los campos sin sepultura y son pasto de las aves.»

El pueblo judío tomado de un vértigo caliginoso, poseído de un frenesí dilirante, puesto debajo de la mano soberana que le anubla los ojos y le oscurece la razón, y ardiendo en la fragua de sus furiosos, exclama: «Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos.» ¡Desventurado pueblo! Ellos, sus habitantes, pronuncian su propia sentencia, siendo á un tiempo mismo jueces, víctimas y verdugos. Cuando los oráculos bíblicos se cumplen, los torbellinos arrancan al pueblo deicida de la tierra de promisión. Preguntémoslo si no á Jerusalén, deshonrada hoy por dominación extraña; á Jerusalén, vasta ruina, cuyo aspecto melancólico lastima el corazón de los peregrinos. Preguntémoslo á los restos mutilados de una nación conocida por todos los pueblos y doblemente asolada por el recuerdo de un crimen inolvidable y por el peso de sus vanas esperanzas. Preguntémoslo á la colina devastada donde se elevaba en otro tiempo el más santo de los templos, y donde hoy día no se descubre sino tierra desnuda y árida.

El pueblo judío camina sin lumbre en los ojos y sin reposarse jamás de pueblo en pueblo, de región en región, de zona en zona, mostrando en sus manos una mancha de sangre que nunca se quita y nunca se seca. Prefirió la ley del tali6n á la ley de la gracia, y el mundo le juzga por la ley que él mismo se ha dado. Dió bofetadas á su Dios, y há ya cerca de veinte siglos que está recibiendo las bofetadas del mundo; escupió en el rostro de Dios, y el mundo escupe en su rostro; despoj6 á su Dios de sus vestiduras, y las naciones confiscan más de una vez sus tesoros y más de una vez le arrojan desnudo al otro lado de los mares; dió á beber á su Dios vinagre con hiel, y con beber á todas horas el pueblo deicida, no consigue apurar la copa de las tribulaciones; puso en los hombros de su Dios una cruz pesadísima, y hoy se inclina su frente bajo el peso de todas las maldiciones humanas. ¡¡¡Crucific6 y es crucificado!!! Pero el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, al mismo tiempo que justiciero, es clemente: el Dios que murió en la cruz, en prenda de su misericordia, dejó á sus matadores la esperanza.

VII

Hemos apuntado, con cuanta rapidez nos ha sido posible, los hechos principales que han ido trayendo el pueblo hebreo á la situación con que hoy día se encuentra, cuidando de no bajar á las minuciosidades propias y exclusivas de cada uno de los capítulos. Reasumiendo, diremos que la historia del pueblo hebreo no es otra cosa, si bien se mira, que un drama religioso compuesto de una promesa, de una amenaza y de una catástrofe. La promesa la oyó Abraham y la oyeron todos los patriarcas; la amenaza la oyó Moisés y la oyeron los profetas; la catástrofe todos la presenciamos. Vivos están los autores de esta tragedia aterradora. Vivo está el Dios de Israel, que tan grandes cosas obró para enseñanza perpetua de las gentes; vivo está el pueblo desventurado que puso una mano airada y ciega en el rostro de su Dios, y que, peregrino en el mundo, va contando á las naciones sus pasadas glorias y sus presentes desventuras. ¡Cuán palpable ha sido y sigue siendo en este pueblo la mano de la Providencia! Concluiremos diciendo con Bossuet: «Dios tiene desde lo más alto de los cielos las riendas de todos los reinos; tiene los corazones en su mano, ya contiene las pasiones, ya les suelta el freno, y conmueve así á todo el género humano. Quiere hacer conquistadores: hace marchar delante de ellos el terror, é infúndeles, como también á sus soldados, una audacia invencible. Quiere hacer legisladores: enviales su espíritu de sabiduría y de perspicaz previsión; háceles prevenir los males que amenazan á los Estados, y poner los fundamentos de la tranquilidad pública. Conoce á la sabiduría humana siempre corta en todo, la aclara, le dilata sus luces, y después la abandona á sus ignorancias: la ciega, la precipita, la confunde por sí misma; ella se enreda, se embarga en sus propias sutilezas, y le sirven de lazo sus preocupaciones, haciéndose infelices sus astucias, por más que se premediten

Dios endereza, cuando quiere, la razón descaminada; y el que insultaba á la ceguedad de los otros, cae en más densas tinieblas, sin que ordinariamente sea necesaria otra cosa para desordenarle la razón, que sus largas prosperidades que le embriagan. Así reina Dios sobre todos los pueblos...»

Así hemos visto reinó y reina sobre el pueblo hebreo.